Reflexiones sobre el concepto de América Latina

Carlos Marichal

RESUMEN

El presente ensayo intenta explorar la filiación histórica del término América Latina. Demostrar cómo nació el concepto a mediados del siglo XIX a partir de su doble génesis por parte de escritores franceses y de un grupo de intelectuales latinoamericanos exiliados en Francia. Por otra parte señala que intelectuales como Rodó, Bulnes, García Calderón y Encinas, quienes reformularon el término América Latina y alentaron su adopción para identificar a los países del subcontinente.

El estudio histórico de las relaciones internacionales de México y de los demás países de Latinoamérica constituye un gran reto para las nuevas generaciones de historiadores inmersos en una época —como es la nuestra— dominada por los llamados procesos de "globalización" y por la crisis de las soberanías. Explorar cuáles son los orígenes y cuál ha sido la naturaleza de los vínculos externos entre las propias naciones y sociedades americanas, ofrece un campo especialmente fértil de indagación. Entender las relaciones entre las naciones latinoamericanas y otras zonas del mundo —en particular Europa y Norteamérica— constituye una tarea prioritaria.

Durante largo tiempo, un considerable número de historiadores han contribuido al *atraso relativo* que caracteriza a las ciencias históricas en Latinoamérica al avalar una historiografía con fuertes prejuicios nacionalistas. Desde el siglo XIX el concepto de nación se convirtió no sólo en un referente ideal sino además, y paradójicamente, en una especie de caja ce-

rrada que ahuyentaba la reflexión sosegada sobre las relaciones entre la sociedad propia y las de otras naciones y pueblos, aun cuando fueran muy cercanas en términos geográficos y/o culturales. Tal explica que aún hoy sea infrecuente encontrar cursos sobre la historia de otros países de la región en las escuelas universitarias de cualquier país latinoamericano. Por ejemplo, en las universidades mexicanas suele ser excepcional la impartición de algún curso sobre la historia de Guatemala, Colombia o Venezuela, para citar algunos casos notorios.[1] Estas lagunas quizá pueden resolverse con el seguimiento de algunos cursos de sociología histórica y política sobre el conjunto de *Latinoamérica*, pero aun así los alumnos universitarios de la carrera de historia suelen terminar haciendo investigaciones y tesis sobre su propio país; hacer historia comparada sobre un territorio tan vasto como el latinoamericano es tarea poco usual.

Este, que es un problema que se experimenta a diario en la enseñanza universitaria, tiene algunas posibles soluciones que pueden contribuir a romper el *provincionalismo* del nacionalismo (!), y facilitar un proceso de aprendizaje más profundo sobre pueblos cercanos. Una de estas soluciones consiste en impulsar estudios sobre la historia de las relaciones internacionales, pues ello tiene la ventaja de obligar al investigador a conocer aspectos centrales de la historia de otras naciones. Además, este tipo de investigación ofrece la posibilidad de utilizar fuentes del propio país —especialmente las diplomáticas y las de la prensa— para analizar las vinculaciones con otras sociedades. En otras palabras, no siempre es necesario viajar al extranjero para consultar fuentes ya que de alguna manera existen en el país de origen. Ello lo ilustra, en el caso de México, el magnífico Archivo de la Secretaría de Relaciones Exteriores que alberga una abundante correspondencia diplomática con otros países latinoamericanos, desde principios del siglo XIX hasta nuestros días.[2] Lo mismo puede decirse de archivos similares en otras naciones de Latinoamérica.

Pero debe tenerse en cuenta que la historia de las relaciones internacionales no es un campo que debe concebirse como autónomo o simplemente como historia diplomática, ése debe ser vinculado con la historia compara-

[1] Lo mismo puede decirse de la falta de cursos universitarios sobre la historia de otras naciones como Brasil, Argentina y Chile; no conocemos ninguna encuesta o estudio específico orientado a evaluar este problema detalladamente.

[2] Remitimos, a los interesados una larga serie de libros y monografías publicadas por el propio Archivo Histórico Diplomático Mexicano de la Secretaría de Relaciones Exteriores de México.

da y/o con la historia *macro-regional*, es decir, grandes regiones como el Caribe, el área andina o la mesoamericana, la amazónica, la cuenca del Río de la Plata, o la *norteamericana*, en la medida que ésta también incluye la historia de México.[3] Sin embargo, la multiplicidad de perspectivas posibles y complementarias requiere ahondar en primer lugar en la definición de algunos de aquellos conceptos básicos que trascienden la historia nacional y nos adentran en el terreno de lo que podríamos denominar *historia internacional*. Por ello, el tema específico de este ensayo consiste en sugerir la conveniencia de una reflexión sobre los orígenes y cambios en el término y concepto de *Latinoamérica* —o, alternativamente, *América Latina*—, contrastándolo con otros conceptos que también tienen, o han tenido, el objetivo de describir la misma gran zona geográfica.

El concepto histórico de América Latina en el siglo XIX

Cuando hablamos de *América Latina* es normal que prestemos poca atención al término en sí mismo, pues se ha hecho tan común como *Europa* u otras denominaciones de la geografía humana. Sin embargo, ello puede hacernos olvidar que el término y concepto han evolucionado a lo largo de siglo y medio. Ni en la época colonial ni en la primera mitad del siglo XIX se utilizaban. Después, comenzó a usarse y luego fue matizándose. Hoy es tan común su uso que no resulta sorprendente que se pase por alto un análisis y debate pormenorizado de qué es lo que entendemos por "América Latina". Es esencial que los historiadores contemporáneos dediquen mayor atención al problema de definir con precisión los "conceptos matrices" que manejamos habitualmente, los cuales se han difundido sin que se cuente con una reflexión profunda sobre su cambiante significado; enfatizamos que es *siempre cambiante*.

Como es sabido, el concepto de "América Latina" es un invento de mediados del siglo XIX. Fue un pequeño grupo de exiliados y emigrados intelectuales latinoamericanos en París —entre ellos varios colombianos—, quienes comenzaron a manejar el concepto en diversos escritos y en una

[3] Los que han tomado la delantera en este terreno han sido los científicos sociales en las universidades de los Estados Unidos, quienes han creado revistas y asociaciones dedicados a estudiar algunas de estas "macro-regiones". La revista, *Latin American Research Review*, proporciona la mejor guía de los avances alcanzados en el conjunto de estos campos a lo largo de los últimos 25 años.

revista efímera durante el decenio de 1850. Pero el término y concepto no llegaron a difundirse con gran amplitud hasta fechas posteriores. De hecho, a mediados de siglo, autores tan ilustres como Domingo Faustino Sarmiento, Juan Bautista Alberdi, José Victorino Lastarria o Francisco Bilbao, usaban de común el término "América" para referirse a la América española y portuguesa, aunque con menos éxito que los escritores e historiadores de los Estados Unidos, los cuales acabaron apropiándose de la palabra.[4]

Fue en el decenio de 1860 con la intensificación del interés político y cultural que tomaron los europeos en Latinoamérica —y especialmente con la intervención en México, 1863-67— que comenzó a hacerse frecuente el uso del término *América Latina*, para enfatizar ciertas diferencias con el uso y concepto de la *América anglosajona*.[5] Ello reflejaba, por otra parte, el esfuerzo impulsado por el régimen de Napoleón III de crear una conciencia de la *Europa latina* en contraposición a la Europa del norte, la cual también se hacía extensiva a los países americanos.[6]

Pero la difusión del término "América Latina" no sólo reflejaba los objetivos propagandísticos de la política imperial francesa de la época. También era consecuencia de la creciente influencia cultural francesa en numerosos países de la región. Por ejemplo, entre los economistas más leídos en México, Argentina, Chile y Brasil, hacia mediados del siglo pasado, se encontraban más franceses que ingleses: Adam Smith, McCulloch y David Ricardo eran conocidos, pero en estas tierras se conocía mucho mejor a las obras de Say, Chevalier, Blanqui y Courcelle-Seneuille,[7] los cuales se leían en francés o en traducciones realizadas (básicamente) en España. De manera similar, podemos reconocer la mayor influencia francesa en el mundo de las letras: como es sabido, la lectura de la literatura contemporánea francesa, Chateaubriand, Hugo, Balzac, etc., era la más influyente entre las clases medias latinoamericanas, como también lo fue el de las revistas,

[4] En ello tuvieron el apoyo de ciertos autores europeos como Alexis de Tocqueville, quien contribuyó a ello en su famosa obra sobre la democracia en América, solamente se refería a los Estados Unidos.

[5] Dos obras importantes de fuentes sobre la intervención son Lilia Díaz López (ed.), *Versión francesa de México: informes económicos y políticos, 1861-67*, México, SRE, 1974, 2 vols.; y Gloria Grajales (ed.), *México y la Gran Bretaña durante la intervención, 1861-67*, México, SRE, 1962.

[6] La influencia del concepto de la "Europa Latina" fue notoria en la formación de la unión monetaria en estos años, realizada por Francia, Bélgica e Italia, alrededor de un patrón plata común. Sin embargo, hacia 1870 este proyecto se derrumbó rápidamente.

[7] Referencias a las múltiples obras de estos economistas pueden encontrarse en J. Schumpeter, *Historia del análisis económico*, México, FCE, 1985.

entre ellas la *Revue de Deux Mondes*, publicada desde 1835 y siendo quizá la más antigua revista del mundo con un fuerte componente "americanista".

No obstante, las élites latinoamericanas no se limitaban a asimilar y consumir los productos culturales de la Europa latina —en especial la francesa—, sino también una amplia gama de bienes materiales. Los gustos en el vestir, comer y decorar —desde mediados de siglo— fueron harto influenciados por la industria y la moda de París, y en menor grado por las de otras ciudades de la Europa latina. Poco a poco, las élites económicas de Argentina, Brasil y México —entre otros países— fueron adoptando cada vez más pautas de consumo francés, que les permitiría llevar a cabo un *estilo de vida* que tenía puntos en común con aquella característica de la alta burguesía o aristocracia parisina. Familias acaudaladas en Buenos Aires y Río de Janeiro, por ejemplo, comenzaron a contratar institutrices que procedían de Francia para educar a sus hijos, cocineros y costureras para atender sus mansiones, al tiempo que viajaban a París para conseguir los objetos de lujo que requerían para decorar y amueblar sus palacios americanos o los palacetes que llegaron a adquirir en la propia capital francesa.

A su vez, el contacto con Francia tuvo un importante impacto sobre el diseño urbanístico de las ciudades latinoamericanas desde el decenio de 1870. Después de las grandes reformas urbanas del Barón Haussman, en los años de 1860, París se había convertido en el claro modelo para las reformas urbanas emprendidas en las capitales latinoamericanas.[8] Y puede agregarse que esta fuerte y amplia influencia cultural francesa también se hacía notar en la modernización de la administración de los gobiernos nacionales, adoptándose un considerable número de tipos de instituciones e instrumentos administrativos que caracterizaban al Estado francés.

Así, la difusión del término "América Latina" (o "Latinoamérica") partió de una coyuntura contradictoria. Por una parte se vinculaba con una serie de operaciones militares efectuadas en el decenio de 1860 en la región, todas con fuerte impronta colonialista, como fue la invasión e intervención en México o las acciones navales españolas en Santo Domingo y el Perú, realizadas en esos mismo años; ambas acciones era la expresión de una alianza implícita entre Francia y España en materia de políticas colonialistas. Pero, por otra parte, también se relacionaba con un comercio cada vez

[8] Una obra que echa luz sobre el modelo urbanístico francés de la época, es David Pinkney, *Napoleon III and the Rebuilding of Paris*, Princeton, University Press, 1958.

más intenso de mercancías, modas, ideas y modelos culturales que las élites latinoamericanas importaban de los países de la Europa latina. No obstante, el término de *América Latina* todavía no ganaba la batalla, pues en otros ámbitos, se hacían esfuerzos importantes para ofrecer alternativas lingüísticas y conceptuales para identificar los elementos comunes de las diversas sociedades y países de la región. Fue el caso de la terminología que utilizaban en esta época los españoles para tratar al subcontinente.

La relación con España y el término Hispanoamérica

Aunque la España del gobierno de los moderados (1844-54) y de la Unión Liberal (1856-68) coincidió con Francia en varios puntos en materia colonialista —especialmente bajo el gobierno de Luis Napoleón (1850-70)—, también existían rivalidades. De allí que, tanto los políticos como los intelectuales españoles se negaban a usar el término de *América Latina*, utilizando más bien los tradicionales: América española y portuguesa o el de Hispanoamérica. Por otra parte, como en el caso francés, se observa una contradicción en la relación entre España y los países de América española, ya que desde mediados del siglo la vieja potencia imperial intentaba fortalecer sus lazos comerciales y culturales con los países de la región, al mismo tiempo que sostenía su política colonial y represiva en Cuba y Puerto Rico. No debe olvidarse, en este sentido, que tanto la guerra de los diez años (1868-78) como la guerra de 1895-98 en Cuba, fueron de los conflictos más prolongados y sangrientos en toda la historia latinoamericana.

Cierto es, también, que entre los círculos liberales y entre los grupos exportadores españoles se observaban importantes actitudes de acercamiento. Ello era reflejado, por ejemplo, en la prensa y las revistas, especialmente desde el decenio de 1850. Uno de los primeros periódicos que se editó en la España del siglo XIX, dedicado específicamente a temas americanos, fue la *Revista Española de Ambos Mundos* (1853-1855), que aspiraba imitar a su homónimo francés. Poco después nacía *La América*, (1857-1886), revista fundada en Madrid por intelectuales vinculados al partido demócrata que contaban con el apoyo de ciertos círculos de la burguesía mercantil gaditana y madrileña. Luego, en los años de 1880, debe subrayarse la contribución de aquella gran revista *La Ilustración Americana y Española*, que era un

vínculo importante de conciencia internacionalista.[9] A su vez, podemos observar la importancia de la conmemoración del cuarto centenario del "descubrimiento", en 1892, celebrado en Sevilla, pero difundido con bombos y platillos por la comunidad intelectual española. De manera creciente, en la segunda mitad del siglo XIX los espacios y puntos de encuentros culturales entre España y América se multiplicaban.

No obstante, debe tenerse en cuenta que los autores latinoamericanos difícilmente podían adoptar el uso generalizado del término/concepto *Hispanoamérica* en materia política o histórica, ya que se estaba gestando una conciencia nacional de manera cada vez más acusada en cada país, vinculada a la percepción de la importancia del proceso histórico de rompimiento con España a principios del siglo XIX. No en vano todas las grandes historias nacionales que comenzaron a publicarse desde fines del decenio de 1840, en diferentes países de la región, comenzaban y en verdad se centraban en el recuento de la épica de las guerras de independencia. Recordemos, por ejemplo, las obras históricas fundacionales de tan connotadas figuras como Lucas Alamán, en el caso de México, o Bartolomé Mitre en el caso argentino. Ni para ellos ni para los demás escritores latinoamericanos de mediados del siglo, podía resultar digerible el uso de un término —como el de *Hispanoamérica*— que recordaba la impronta colonial como la herencia característica de un vasto subcontinente en donde la mayoría de los países eran independientes y contaban con instituciones propias, donde influían sólo —y frecuentemente de manera indirecta— algunos aspectos de la legislación española.

Desde mediados del siglo XIX, el intento por imponer el término *Hispanoamérica* a América Latina, se vería coronado con éxito sólo en el terreno literario, ya que en ese ámbito cultural las divergencias políticas y nacionalistas no despertaban diferendos tan marcados. En cambio, en España seguiría utilizándose el término sin una conciencia clara de los litigios intelectual/ideológicos que podía propiciar al otro lado del Atlántico. Se trataba en efecto de un diálogo de sordos, que estaba destinado a continuar —con variable y diferente grado de mutua incomprensión— hasta fechas muy recientes.

[9] Sobre las primeras revistas españolas dedicadas a América, véase Lenocio López Ocon, *Biografía de la América: una crónica hispanoamericana del liberalismo democrático español, 1857-1886*, Madrid, CSIC, 1987. Una aproximación global a esta problemática se encuentra en Carlos M. Rama, *Historia de las relaciones culturales entre España y América Latina: siglo XIX*, México, FCE, 1982.

El panamericanismo y la visión norteamericana del sur

Si bien encontramos contradicciones genéricas en los orígenes de los términos/conceptos *América Latina* e *Hispanoamérica*, no menos contradictorias fueron las actividades y políticas de los Estados Unidos con respecto a sus vecinos del sur, y no menos ambivalente el término/concepto de *Panamérica* —o más exactamente del adjetivo *panamericano*— que comenzó a popularizarse desde fines del siglo pasado, aunque después de 1920 decaería su uso en los Estados Unidos.

Pero antes de considerar los motivos de la difusión de estos términos, conviene tener en cuenta algunos rasgos generales y contradictorios de las relaciones entre los Estados Unidos y los países latinoamericanos, que habrían de influir en la rivalidad que se desató sobre el uso del término y concepto de *América*, terminando con una clara victoria de los estadounidenses, nada extraña en vista de su creciente poder económico, político y militar.

En los primeros decenios después de la independencia de los países latinoamericanos, la política norteamericana con respecto a esta "macroregión" consistió en un esfuerzo maniqueo de acercamiento mercantil y, a la vez, de expansionismo territorial, concretado sobre todo en la invasión y ocupación de México en 1846-47, así como en varias incursiones militares y navales en Centroamérica en el decenio de 1850. Durante ese tiempo era común que los escritores estadounidenses se refiriesen a *Spanish America*, aunque también era frecuente utilizar más las expresiones de filiación geográfica, usando la terminología favorecida por los ingleses, de *Central America* y *South America*. En cualquier caso, lo que sí se observa es un proceso rápido y masivo para apropiarse del vocablo *América* para referirse a los Estados Unidos de América, tanto a nivel escolar, periodístico y político.[10] Por otra parte —y especialmente a partir de la guerra con México— comenzó a difundirse en la prensa norteamericana una imagen cada vez más peyorativa de las sociedades y culturas de los países al sur del Río Bravo, lo cual reflejaba las tendencias *imperiales* de importantes sectores de la sociedad norteamericana con respecto a sus vecinos del sur, aunque

[10] Es importante poner este esfuerzo en un contexto historiográfico amplio, como lo ilustra la obra de David Brading, *The First America* (1992), la traducción ha sido realizado por FCE en 1994, con el título de *Orbe Indiano*.

no volverían a concretarse hasta la guerra de 1898.[11] Pero no era ésta la única tendencia en los Estados Unidos, también se fue generalizando la difusión de un nuevo concepto complementario de las relaciones que determinados grupos de las élites dirigentes norteamericanas deseaban promover con la mayoría de las naciones latinoamericanas, que quedó plasmado en el adjetivo *panamericano*, aplicado a una ambiciosa política internacional lanzada desde Washington hacia fines del siglo.

Fue con la celebración del primer Congreso Panamericano de 1889, impulsado por el secretario de Estado, James Blaine, que se puede percibir con mayor claridad la formulación explícita de esta política de acercamiento a los países latinoamericanos, éste cuajaría en la celebración de varias reuniones interamericanas durante medio siglo y la creación de una serie de acuerdos continentales, sobre todo en materia de comunicaciones. En la Primera conferencia panamericana, celebrada en Washington, se hizo ostentación de las buenas intenciones de la élite política y económica norteamericana con respecto a proyectos que intentaban lograr una integración comercial continental, tema que nos recuerda poderosamente la coyuntura contemporánea.[12]

Detrás de las nuevas políticas expansionistas estadounidenses había un fuerte impulso mercantil, similar a las políticas de los países europeos lanzadas desde el decenio de 1850. Pero en el caso de las relaciones con los Estados Unidos debe tenerse en cuenta que durante varios decenios la relación comercial y financiera más importante fue sin lugar a dudas aquélla que se realizaba con México. Acaso, el más prolífico y activo abogado de la intensificación de las relaciones comerciales entre México y los Estados Unidos en el último tercio del siglo pasado, fue Matías Romero, político,

[11] De este periodo puede fecharse con claridad la evolución de la política dual de los Estados Unidos con respecto a los países latinoamericanos, alternando desde entonces entre la conciliación y la amenaza (o la intervención), dualidad que reflejaba las prioridades diferentes de distintas instancias de poder en Washington, que siguen manifestando similares tendencias hasta nuestros días: la política de acercamiento la encabeza el Departamento de Comercio mientras que la política agresiva-colonialista es impulsada por el Departamento de Guerra —hoy Departamento de Defensa—, y en especial desde 1914 por los oficiales vinculados a ese grupo militar conocido como los *Marines*, encargados de las principales intervenciones militares en el hemisferio.

[12] De allí que la revisión de las discusiones sobre esta problemática tiene una considerable utilidad y es, sin duda, sugestiva. Por otra parte, debe señalarse que esta temática puede estudiarse en detalle a partir de los riquísimos fondos que alberga el Archivo Histórico de la Secretaría de Relaciones Exteriores, como lo demuestra el reciente estudio voluminoso de Salvador Morales sobre la primera conferencia panamericana. Salvador E. Morales, *Primera conferencia panamericana: raíces del modelo hegemonista de integración*, México, Centro de Investigaciones J. L. Tamayo, 1995.

diplomático, empresario y escritor. En sus escritos existen amplios y variados testimonios de la contribución de los latinoamericanos a la formulación inicial del concepto *panamericano* en los años de 1870 y 1880, lo que nos habla de la necesidad de revisar las ópticas a veces unilaterales acerca de como se fue elaborando la política internacional en Latinoamérica.[13]

En todo caso, hacia fines de siglo el ideal (aunque no la realidad) de unión americana —al menos en términos del comercio— había cobrado considerable fuerza y se estaba en proceso de formular proyectos de unificación de líneas de transporte, comunicaciones, correos e inclusive algunos proyectos de unificación monetaria. Ello nos habla de la "larga historia" de los proyectos de integración económica que tanta importancia parecen cobrar en nuestros días. Pero aun así, es menester reconocer que apenas un pequeño número de los proyectos comunes discutidos en los diversos congresos panamericanos, a partir de 1889, fueron instrumentados. Y el propio adjetivo *panamericano* fue cayendo en desuso, excepto para referirse a estas reuniones y al instituto que los promovía. Para los años de 1920, la mayoría de los economistas y científicos sociales que escribían en los Estados Unidos sobre la región tendían a utilizar preferentemente el término *Latin America*, aunque muchos historiadores y literatos siguieron prefiriendo *Spanish America*.

Cambio de viento: construyendo la identidad latinoamericana después de 1898

La guerra de 1895-98 en Cuba, rompió el espejismo que se había venido larvando desde los decenios de 1870-80, de una relación más cordial en todos los planos, tanto con España como con los Estados Unidos. Primero, el largo y cruento enfrentamiento militar con España y, luego los conflictos provocados por el claro imperialismo de los Estados Unidos modificaron el concepto que había comenzado a gestarse en Cuba y otros países del hemisferio, es decir, el de la conveniencia de alcanzar una mayor solidaridad con las naciones industriales. Estas siguieron viéndose como modelos del

[13] Una biografía que es de cierta utilidad es la de Harry Bernstein, *Matías Romero, 1837-1898*, México, FCE, 1973. No obstante, los papeles de Romero que son albergados por la biblioteca/archivo del Banco de México, ofrecen muchísimo material inexplorado, al igual que la correspondencia diplomática del mismo que está en el Archivo Histórico de la Secretaría de Relaciones Exteriores.

progreso económico pero cada vez más criticables por sus ambiciones imperiales.

Por consiguiente, no es extraño que pueda observarse el surgimiento, desde principios de siglo, de una serie de planteamientos más críticos sobre la situación de los países latinoamericanos y su cultura, frente a las potencias extranjeras; esto de parte de una nueva generación de intelectuales de distintos países. También se observa un intento por redefinir la propia identidad de los habitantes de la región con base en una serie de conceptos que iban más allá de lo nacional, lo que propició una nueva visión e interpretación de la cultura y la política en función de lo *latinoamericano*, como algo propio, claramente diferenciable y no sujeto a una dependencia cultural con Europa. Esto se observa en las obras de autores como el nacionalista cubano José Martí quien antes había sido un preclaro internacionalista.[14] También es claro en *Ariel*, obra de José Enrique Rodó, ensayista uruguayo que cuestionaba los méritos de la cultura angloamericana, publicado en 1900. Algo similar ocurrió con el ensayista económico y político chileno, Francisco de Encina, quien planteó la necesidad de explorar las raíces del atraso económico en su libro *Nuestra inferioridad económica*, publicada en Santiago de Chile en 1902. Lo mismo sucedió con el peruano Francisco García Calderón, que planteaba los dilemas de la modernización política de la región en su libro *Las democracias en América Latina*.[15] En fin, en este grupo debe incluirse al mexicano Francisco Bulnes, quien en diversas obras efectuó ácidas críticas del imperialismo de los Estados Unidos.[16]

Comenzaban así a elaborarse formas nuevas de interpretar la experiencia común de los países de América Latina, no viéndola simplemente como la unión de la cultura europea con la realidad latinoamericana, ni de la unidad entre los países de la América del Norte con los del Sur, sino en función de una identidad propia ya bastante madura. De tal suerte que, a lo largo del siglo XX, lo que entendemos como "América Latina" es producto de una evolución y diversificada.

[14] El ensayo más famoso de Martí es, sin duda, *Nuestra América*, publicado en el periódico mexicano *El Partido Liberal*, el 30 de enero de 1891.

[15] La primera edición de esta obra se publicó en francés en París en 1907; véase la traducción y excelente edición de la editorial Ayacucho, Caracas, 1978.

[16] Francisco Bulnes, *El porvenir de las naciones hispanoamericanas ante las conquistas recientes de Europa y los Estados Unidos*, México, 1899.

En este sentido, no cabe duda que en la actualidad el concepto América Latina tiene una importancia crucial en función de la creciente globalización y de la formación de bloques supranacionales. Por ello, para poder profundizar en la historia latinoamericana es necesario analizar con mayor espíritu crítico los orígenes y la evolución de los marcos de referencia nacionales a los que estamos acostumbrados, para contribuir a un debate presente y necesario sobre los enfoques comparativos e internacionales, facilitando con ello la comprensión de lo nacional dentro de contextos más amplios, como pueden ser los acuerdos multilaterales y los acuerdos regionales de integración, tan en boga en la época contemporánea.